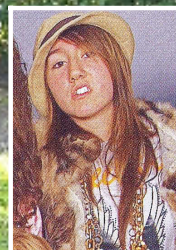


GENTILEZA LUIRIKA PAPE



Cuando entró a la secundaria, Amanda se especializó en teatro. Esta foto es del anuario de 2009. Mismo año en que abandonó la escuela para dedicarse al islam. A la izquierda, Amanda antes de partir al Estado Islámico, junto a dos de sus tres hijos nacidos en Gotemburgo.

EL VIAJE SIN RETORNO DE AMANDA

En enero de este año, Amanda González Pape, una joven chileno-sueca de 28 años, murió en el Estado Islámico (EI) producto de un ataque con granadas ejecutado por las Fuerzas Democráticas Sirias. Llevaba nueve años enlistada en el EI y dejó siete hijos, rescatados hace pocas semanas por su abuelo chileno. Hoy su familia, sus profesores y su madre, que también formó parte del grupo extremista, reconstruyen su historia.

POR ARTURO GALARCE, DESDE SUECIA FOTOS NOELIA VERGARA



Ulrika Pape, exmiembro del EI y madre de Amanda, maneja su vehículo por las calles de Gotemburgo. El año 2016 regresó a Suecia desde el Estado Islámico, cansada de los bombardeos y la escasez. Prefiere no mostrar su rostro por miedo a la estigmatización.

Ulrika Pape (48) estaciona su pequeño vehículo en una calle del suburbio de Angered, al noroeste de Gotemburgo. Es una noche de viernes. Llueve. Vestida con una túnica y un hiyab azul que solo deja ver su rostro, Ulrika busca en su cartera un *tablet* para mostrar su paso por Siria, cuando todavía era parte del Estado Islámico junto a su hija, la chileno-sueca Amanda González. En las imágenes aparecen los miembros de la familia: Amanda, sus siete hijos, y el noruego Michael Skråmo, perseguido por la policía de su país por incitar el terrorismo y por su labor como propagandista y reclutador del Estado Islámico.

Las fotos y videos son cotidianos: los niños corriendo por un parque abandonado, Michael Skråmo jugando con ellos, Michael Skråmo sosteniendo un fusil AK-47, y sus hijos levantando fusiles de plástico. Amanda aparece poco, generalmente en situaciones que develan el

día a día de las mujeres del EI: alimentando a sus hijos y educándolos en casa, y su rostro cubierto totalmente por el velo de una burka.

Ulrika llora al verla. Dice que la extraña. Han pasado poco más de cuatro meses desde la tragedia, cuando recuerda la llamada de Skråmo que la alertó del estado de salud de Amanda. Relata que fue un contacto hecho desde la ciudad siria de Baghouz, el último bastión del Estado Islámico, derrotado en marzo de este año por las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), encabezadas por kurdos y árabes, con el apoyo de Estados Unidos.

—Fue el 2 de enero —recuerda Ulrika, aún llorando, dando largos suspiros entre cada frase, como si quisiera cortar la conversación—. Michael me dijo que tenía que rezar por Amanda, porque estaba herida.

Dice que Michael le habló de las granadas y las esquirilas en el cuerpo de su hija.

—Por la mañana me llamó de nuevo —dice Ulrika a “Sábado”—. Me dijo que mi hija había regresado con Dios.

La niña perfecta

Es sábado. La ciudad de Varberg, al sur de Gotemburgo, luce fría y soleada, y tan vacía como sucede en los meses previos al verano. La familia paterna de Amanda está reunida en la casa de Mauricio, uno de los tres hermanos González Gálvez nacidos en Villa Alemana y radicados en Suecia desde fines de los años 80. El mayor de ellos, el profesor y artista Enrique González (70), fue el primero en llegar. Se asiló, dice, luego de recibir presiones de la CNI cuando colaboraba con Amnistía Internacional, reuniendo dinero para los presos políticos de la dictadura. Dos años después llegó su hermano Patricio, un guitarrista de 18 años. Según Enrique, él mismo le presentó a una sueca de 17 años, simpatizante comunista, cercana a la comu-

nidad de chilenos: Ulrika Pape.

Contraria al aire reservado de la gente de Varberg, Ulrika llamaba la atención por su personalidad efervescente. A pesar de su niñez difícil, criada por su madre, una vendedora ambulante de artesanías, y abandonada tempranamente por su padre, era una adolescente bromista, extrovertida y que hablaba español con fluidez gracias a las clases que le dio una vecina, hija de exiliados chilenos llegados a fines de los 70.

—Cuando Patricio llegó no hablaba nada de sueco. Yo era su diccionario, lo ayudaba cuando salíamos —dice Ulrika al interior de un restorán libanés del suburbio de Angered, en Gotemburgo—. Así nos hicimos amigos. Lo quería mucho. Fue mi primer amor. Para mi familia fue chocante al principio que estuviera con un chileno, pero igual lo aceptaron.

La relación fue fulminante. Ese mismo año, Ulrika quedó embarazada y se casaron en una



GENTILEZA FAMILIA GONZÁLEZ

Arriba, Amanda González (izquierda) junto a su prima Jenny Pape en un cumpleaños.

Ambas soñaban con ser actrices. Después de convertirse al islam, nunca más asistió a cumpleaños ni navidades, perdiendo contacto con casi toda su familia. A la derecha, Amanda a los 16 años, durante unas vacaciones en España. Uno de los últimos registros en los que no aparece cubierta por el hiyab.



GENTILEZA FAMILIA GONZÁLEZ

pequeña iglesia luterana de Varberg. Como la mayoría de los suecos, cuenta Ulrika, ella profesaba el luteranismo casi por tradición. Bajo ese credo bautizaron a su hija: Amanda Norma González Pape.

Amanda tenía dos años cuando la familia se desmoronó. Según Patricio González, el divorcio se desató producto de las pocas motivaciones que veía en Ulrika, quien no tenía planes de estudiar y solo hacía trabajos esporádicos. Según Ulrika, la crisis tuvo más relación con las ausencias de Patricio, ensimismado en su carrera musical.

Cuando Amanda tenía siete años, Ulrika conoció a otro chileno: Manuel Pulgar, músico, de Valparaíso, recién llegado a Var-

berg, donde visitaba a una hermana radicada en esa ciudad. Se casaron. Tuvieron un hijo, el primer hermano de Amanda, Benjamín Pulgar Pape.

Dos años y medio más tarde, Manuel se fue de la casa.

—Lo que me empezó a alejar fue el carácter de Ulrika. Los gritos que le daba a Amanda —dice Manuel Pulgar (48), de pelo largo, barba y chaleco de lana, al interior de un café en la zona de Majorna, en Gotemburgo—. Le gritaba en la mañana, cuando tenía que llevarla al colegio.

Más tarde, Ulrika dirá que todas las acusaciones en su contra son falsas. Que quieren dejarla mal. Que quieren hacerle daño, más daño todavía, y que está

cansada de defenderse.

—Empecé a llevar a la Amanda al colegio —agrega Manuel Pulgar, tomando una taza de té—. Le tomé cariño. Era muy inteligente. Cuando la conocías pensabas que, si tenías una hija, te gustaría que fuera como ella. Era la niña perfecta. Vieja chica. Entretenida. Una de las mejores del curso en Varberg. Buena para actuar. Siempre pensé que en el futuro la iba a ver en un escenario o en la tele.

Desde pequeña y hasta entrada su adolescencia, Amanda se diferenciaba del resto por su habilidad para actuar. Así la recuerda Jenny Pape (31), su prima más cercana, sentada en el comedor de la casa en Varberg. A punto de romper en llanto,

acompañada de sus tres hijos, dice:

—Ella era alegre. Era creativa. En ese tiempo no hablábamos de religión. Tampoco de si tenía algún problema. En ese tiempo estaba todo bien. Ella quería ser actriz y yo también. Era nuestro sueño.

Por eso, Amanda decidió cursar su secundaria superior en Angered gymnasiet, un liceo donde podía especializarse en teatro. Cinco días de la semana los pasaba en Gotemburgo, en el departamento de Patricio González, su padre. Y los fines de semana regresaba a Falkenberg, un balneario cercano a Varberg, donde vivía Ulrika junto a su hijo menor, Benjamín. En una carta de presentación pedida por su profesor de música, Kenneth Eriksson, de Angered gymnasiet, Amanda intentó describirse: habló sobre su gusto por la música hip-hop. Y también de sus inestables estados de ánimo.

Escribe Amanda: *“En quinto grado no formaba parte de ninguna cultura pop. Solo me estaba divirtiendo con mis amigos. Nada importaba. Cuanto más vieja me puse, más insegura me puse. Más deprimida. La sensación de ser ‘nada’ creció dentro de mí. Todas mis compañeras tenían sus cosas que hacer, novios, y cosas como tener pechos o ser hermosa de repente se convirtieron en mi dolor de cabeza diario. No me sentía hermosa y ni siquiera estaba cerca de que me crecieran los pechos. En sexto grado todo cambió. Mi madre compró un álbum de Eminem, y me quedé atascada!”*

Dos párrafos más abajo, agrega: *“Toda mi vida había sido la niña perfecta, sin causar ningún problema, todos me querían. Se podría decir que yo era el angelito de toda la familia. Todos estos años de ser educada, demasiado amable, me habían llenado de tanto odio. Si no fuera por las letras de Eminem, que estaban llenas de rabia, ihabría explotado*



"Siempre la vimos contenta. Inteligente. Nunca nos imaginamos que podía sentirse así", dice Bessie González, prima de Amanda, abrazada a su padre Enrique González. Jenny Pape, también prima de Amanda, y Mauricio González, su tío, creen que Amanda estuvo manipulada por Michael Skråmo.

tarde o temprano! Podría haberme lastimado a mí misma o a alguien más".

—Siempre la vimos contenta. Inteligente. Nunca nos imaginamos que podía sentirse así —dice Bessie González, pequeña, pelo negro, mirando fotografías familiares en las que aparece su prima Amanda. En una de ellas, Amanda tiene 16 años. Aparece en un balcón, jugando con algo parecido a unos audífonos, en unas vacaciones en Mallorca, España. Es una de las últimas imágenes que tienen de ella. Su última aparición, dos años después de esa foto, fue aquí, en esta misma casa, cuando la familia se reunió para recibir a familiares venidos desde Chile. Antes del encuentro, Patricio, su padre, los alertó a todos: les dijo que no hicieran bromas sobre Dios. Que respetaran a su hija. Que no se burlaran de ella.

Ese día, Amanda llegó cubierta con una túnica y un hiyab.

La conversión

Amanda abrió las ventanas de

su habitación en Falkenberg, donde vivía con Ulrika y Benjamín, su hermano menor. Era un día del 2007. Vestida como hippoera se sentó frente a su computador y subió el volumen a lo más alto antes de reproducir el Ayat Al-Kursi, el verso más popular del Corán. La acción, relatada por Amanda en su blog el año 2009, la repitió durante toda una semana. Su intención era memorizar el rezo en árabe y que todo el vecindario lo escuchara. El *post* se titula "Mi camino al islam". Ahí, Amanda explica: "Al final del verano aprendí a conocer a un musulmán. No discutimos mucho sobre el islam, pero a medida que lo conocía más comenzaba a interesarme... Me gustaba vencer lo que fuera y competir, así que le dije a mi nuevo amigo que aprendería el Ayat Al-Kursi durante las vacaciones de otoño".

—Ella empezó a interesarse en un tipo que era musulmán —dice Mariló Venegas, morena, el pelo crespo, profesora de teatro y terapeuta adolescente, al

interior de un café en Gotemburgo. Para ese entonces, Mariló impartía clases de teatro en un centro cultural anexo a Angered gymnasiet. Un día del 2007, Amanda entró a su clase invitada por una amiga. Rápidamente se hicieron cercanas.

—Ella se dio cuenta de que yo era chilena y que además conocía a su papá —dice Mariló, que lleva más de 30 años en Suecia—. En sus pausas de clases iba a verme para conversar. Me hablaba de sus conflictos, típicos de una adolescente, de búsqueda de sí misma, de la vida familiar que tenía... Las diferentes parejas de sus padres, parejas nuevas, parejas viejas, todo ese movimiento que a un adolescente lo sacude. Ella era muy suave, tímida, tenía muchas preguntas. Quería un soporte.

Ese acercamiento de Amanda a la religión musulmana, dice Mariló, hizo que comenzara a hacerse preguntas sobre su fe.

—Hablamos de catolicismo, de cristianismo —recuerda Mariló Venegas—. Y qué cosas te definían como persona, ¿te de-

fine una religión o uno mismo se define? ¿Qué me define si soy mitad chilena y mitad sueca?

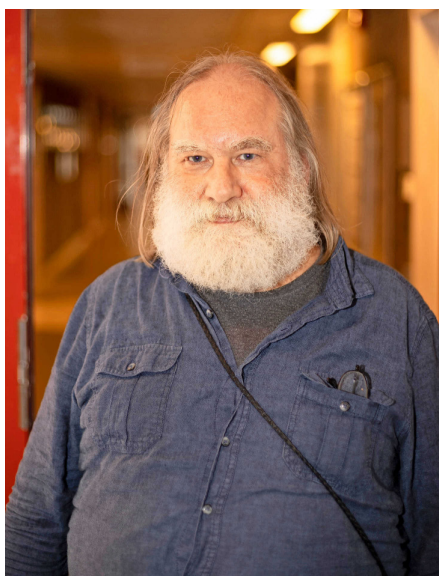
Al mismo tiempo, Ulrika, su madre, vivía una transformación paralela influenciada por sus vecinos musulmanes. El cruce no es raro: según el Pew Research Center, Suecia es el cuarto país de Europa con mayor cantidad de musulmanes, con una presencia del 8,1% en relación con la población total del país.

—Nosotros vivíamos en un gueto, rodeados de musulmanes —recuerda Benjamín Pulgar Pape, 21 años, carpintero, en la cocina de su pequeño departamento en Gotemburgo—. No son malas personas, son buenas personas. Pero mi madre y mi hermana tenían un vacío. Y ellos les llenaron ese vacío.

Rubio, el pelo largo, flaco y desgarrado, Benjamín recuerda los años que vivió junto a Ulrika y Amanda, antes de alejarse de la religión y, al mismo tiempo, de ellas.

—Mi mamá siempre perseguía hombres extranjeros —dice Benjamín, que según él se alejó cuando los valores de la religión chocaron con los suyos: no le gustaba cómo trataban a las mujeres ni a los homosexuales, ni los discursos a favor de las penas de muerte—. Ella no tenía figura paterna, y la buscaba en estos hombres. Eso llenaba su vacío. Tener parejas extranjeras y tener hijos. La religión completó ese vacío. Me acuerdo que Amanda leyó un verso del Corán y le hizo sentido. Siempre decía que el islam era un mundo fantástico. Ellas dos me llevaban a una escuela del Corán, en una mezquita en Falkenberg.

En Angered gymnasiet, donde Amanda cursaba la secundaria, recuerdan que su transformación fue paulatina. Un día llegó con su pelo cubierto con un pañuelo, y lo utilizó varios días antes de llegar, finalmente, vestida con un hiyab. Su profesor Ken-



Benjamín Pulgar, hijo de Ulrika y hermano de Amanda, se alejó defraudado de la religión cuando tenía 14 años. Cuando se enlistaron en el EI, asegura que ambas lo llamaron para que se fuera con ellas. “Si me hubiera ido mi destino habría sido el mismo que el de Amanda”, dice hoy. Kenneth Eriksson, a la derecha, fue profesor de Amanda durante su secundaria. En su último año, Amanda le envió una carta donde manifestaba su dolor por las bromas de sus compañeros a propósito de su religión: “*Ustedes han hablado que yo me he convertido en un tipo de monstruo, y les digo: eso no me hace más feliz. Solo peor. Mis amigos solamente desaparecen*”.

neth Eriksson recuerda ese momento: fue sorpresivo, dice, sobre todo por el origen latino de Amanda, siendo más común ese tipo de conversiones en alumnos de ascendencia árabe.

Dos años después, el año 2009, Amanda tuvo que tomar una decisión. Según Benjamín, al profundizar en la religión, Amanda y su madre comenzaron a regirse estrictamente bajo los códigos de conducta del islam. Ese año, Amanda tenía que interpretar a una mujer iraní musulmana en una obra de teatro dirigida por la profesora Pamela Wood. Fue el quiebre definitivo con sus aspiraciones artísticas.

—Ella debía interpretar a una inmigrante que trataba de encontrar su lugar en la sociedad —dice Pamela Wood, jubilada, desde Estados Unidos—. Ella se radicalizó y pensó que el teatro era un pecado, por lo que nunca completó el proyecto. La clase se sintió decepcionada.

Antes de irse, Amanda le escribió una carta al profesor

Kenneth Eriksson, quien estaba a cargo del proyecto: “*Quiero que le digas a toda la clase (que me odia) que esta obra es muy complicada para mí. Sé que ha salido a la luz que he abandonado la obra debido a mis creencias... Pero lo que la clase no entiende es que no decidí disparar a todo el mundo y vivir mi vida como un musulmán loco. Es mucho más profundo que eso... Continúen hablando mierda... Ustedes han hablado de que yo me he convertido en un tipo de monstruo, y les digo: eso no me hace más feliz. Solo peor. Mis amigos solamente desaparecen*”.

Tras su salida, relata Patricio, su padre, Amanda se fue a vivir definitivamente con Ulrika.

Ese mismo año, agrega Ulrika, Amanda publicó en su blog un mensaje donde criticaba a los hombres musulmanes. En los comentarios, un hombre le respondió: “Tranquilízate y anda a hacer un pastel a la cocina”.

—Amanda me dijo: “¡Mira, mamá, lo que me ha dicho este hombre!” —recuerda Ulrika,

riéndose—. “Tienes que casarte con él”, le dije yo. Días después, Amanda lo invitó a la casa y compartimos un pastel.

Ese hombre era Michael Skråmo, cocinero y excantante de hip-hop, por entonces un estudiante del Corán y activista contra la islamofobia.

La radicalización

Mauricio González, tío de Amanda, escarba en un cajón de su casa, en Varberg, hasta que la encuentra: es una carta que ella le envió en el 2010. Con el pelo largo y cano, Mauricio permanece un rato de pie mirando el manuscrito: “*Soy Amanda, tu sobrina que te escribe. Quería contarte lo que pasa y cómo es todo esto... Me casé con un sueco-musulmán que se llama Michael. Él es muy bueno. Vivimos juntos en un departamento de dos habitaciones en Gotemburgo. En los días no pasan muchas cosas interesantes, pero estudio a distancia sobre la religión. Estudiar el islam es maravilloso... Te extraño mucho*

y te amo...”.

Al final de la carta, Amanda le pregunta a Mauricio si cree en Dios y qué sabe del islam. El gesto recibe el nombre de Da’wah. Una práctica islámica para lograr la incorporación de nuevos fieles. En ese entonces Amanda hacía clases del Corán a través de Skype y según su hermano, Benjamín Pulgar Pape, asistía junto a Ulrika y Michael Skråmo a la cuestionada mezquita salafista de Bellevue, investigada anteriormente por la fiscalía de Gotemburgo por su vínculo con grupos islamistas terroristas.

Estar bajo el alero de Michael Skråmo, reconocido reclutador, dice Benjamín, allanó el camino para que Amanda y su madre se enlistaran rápidamente en el EI. Según Ulrika Pape, además del compromiso religioso que asumieron, el reclutamiento consideraba 50 dólares mensuales por cada adulto, 25 por cada niño, vivienda gratuita, comida y la posibilidad de vivir bajo las órdenes y reglas de la ley islámica, alejados del secularismo de occidente.

Junto a su primer hijo, al año siguiente, Michael y Amanda viajaron a Egipto para que ella estudiara el idioma árabe, un tránsito habitual entre los futuros reclutados que no lo hablan. Un año después regresó a Gotemburgo, donde sobrevivieron gracias a la asistencia social sueca. Tuvieron otros tres hijos, dos mellizas y un hombre, y Amanda comenzó a usar una burka que cubría por completo su rostro, incluido un velo para sus ojos y guantes negros para no mostrar ni un centímetro de piel. Su radicalización llamó la atención incluso de sus amigas musulmanas, contrarias a las posturas violentistas del Estado Islámico.

—Amanda no compraba muebles, no le interesaba que los niños fueran a la guardería —dice a “Sábado” una de sus amigas musulmanas más cerca-

“
 Vivíamos en un
 gueto, rodeados
 de musulmanes.
 No son malas
 personas, son
 buenas personas.
 Pero mi madre y
 mi hermana
 tenían un vacío.
 Y ellos les
 llenaron ese
 vacío
 ”

nas, Amina Rojas, chilena, al teléfono desde Estocolmo—. Yo le preguntaba si quería estudiar en la escuela y me decía que no. Los dos últimos días antes de irse me escribió un mensaje en WhatsApp. Era una invitación, no directamente, porque ya sabía lo que yo pensaba, pero igual. Ella me decía que se iba a vivir bajo las leyes de Dios.

El viaje a Siria fue en septiembre del 2014. Se establecieron en Al Raqqa, la capital del Estado Islámico, a solo tres meses de iniciado el califato.

El mensaje para la familia paterna, en cambio, fue distinto: Amanda les dijo que se iba de vacaciones a Turquía junto a sus cuatro hijos, además de Ulrika, Michael y sus dos hermanos pequeños, nacidos tras una tercera relación de Ulrika con otro chileno radicado en Suecia. En su departamento, Benjamín Pulgar asegura que recibió varias llamadas de Ulrika y Amanda, intentando convencerlo para que se fuera con ellas. Estuvieron a punto de persuadirlo, dice, hasta que su padre se lo prohibió.

—Me decían que esa era mi

familia. Después me di cuenta que querían otro soldado. Si me hubiera ido mi destino habría sido el mismo que el de Amanda —dice, convencido.

Los familiares paternos en Varberg solo se percataron de la verdad cuando Skråmo apareció en noticieros y redes sociales, ya no como predicador del Corán, sino como reclutador del EI, posando con fusiles AK-47 o llegando incluso a amenazar a Suecia con atentados y llamados terroristas: en su Facebook compartió indicaciones para construir bombas con ingredientes comprados en el supermercado.

De Amanda, solo sabían que su papel en el EI dependía de la voluntad de Skråmo. Por ejemplo, en las pocas conversaciones de WhatsApp que tu-

pedía a su hija que regresara.

—Me dijo que si seguía hablándole así a mi hija, iba a tener que prohibir nuestras conversaciones —dice Patricio.

Amina Rojas, su amiga musulmana, fue una de las pocas en Suecia que mantuvo comunicación con Amanda. A espaldas de Skråmo, que la consideraba una mala influencia para Amanda, le enviaba fotos de su vida en Siria, donde tuvo tres hijos más.

—En la pared tenía escrito el alfabeto árabe y el sueco para enseñarles a los niños —dice Amina Rojas desde Estocolmo—. Ella me contaba que en el día salían al parque. Pero las fotos del parque siempre fueron *beige*. No había pasto, flores, árboles. Un día me mandó una foto de una palta grande, bien grande, y ella me pone ahí

trón común entre los occidentales que se radicalizan es llegar a estos extremos.

—No son étnicamente de Medio Oriente y se consideran a sí mismos como personas ajenas a la religión —dice Ranstorp, al teléfono desde Estocolmo—. Por eso se vuelven súper radicales. Tratan de compensar con un exceso de devoción que pertenecen y son dignos.

Un reportaje transmitido por la BBC, titulado “Undercover in ISIS”, grabado el 2016, demostró los límites de esa devoción.

El documental se propuso investigar los mecanismos de reclutamiento del Estado Islámico. Para lograrlo, una periodista se hizo pasar por una musulmana de origen australiano, cuyo objetivo era enlistarse en el EI. Para eso tomaron contacto con una reclutadora islamista llamada Umm Hamza, con base en Al Raqqa.

Después de una serie de conversaciones, Umm Hamza decidió plantear una oferta que los beneficiaría a todos: pronto su yerno necesitaría una segunda esposa. Y ella calzaba perfecto con el perfil. Le dijo que la esposa actual era muy agradable y relajada, y estaba de acuerdo con la decisión. Días después, le envió una foto de su yerno: era Michael Skråmo.

Umm Hamza era el nombre musulmán utilizado por Ulrika en el Estado Islámico.

—¿No le representó un problema eso? ¿Cómo se tomó su hija esa gestión?

—Eso es algo que los no musulmanes tienen dificultad de entender —dice Ulrika—. En Siria eso ayudó a las mujeres en todos los sentidos. Se ayudaban con los niños, etc. Como una familia grande. Y Amanda estaba a favor.

Para la prensa y la opinión pública sueca, incluido su hijo Benjamín, ese episodio develó a Ulrika como una reclutadora

El rescate de los hijos

Cuando Amanda González y Michael Skråmo fallecieron, los siete hijos de ambos fueron rescatados por la facción kurda de las Fuerzas Democráticas Sirias, y trasladados al refugio de Al Hol, en Irak. Patricio González, el padre de Amanda, viajó a Irak para rescatar a los niños, cuatro de ellos nacidos en Siria. Recién hace dos semanas, las gestiones del gobierno sueco permitieron que los niños regresaran a Suecia, donde hoy permanecen en una casa de acogida al cuidado del servicio social de Gotemburgo. El caso no está claro: mientras parte de la opinión pública ha llegado al extremo de creer que los niños son un peligro para la seguridad futura de Gotemburgo, el gobierno trabaja en determinar la tuición de los menores. “Nuestro deseo es que los niños se queden con su familia paterna”, dice Patricio, mientras Ulrika, por su lado, aspira a lo mismo. “Yo tengo que estar con mis nietos”, reclama Ulrika. “Ellos quieren quitarles su religión y eso no puede ser”. Hasta el cierre de esta edición Ulrika tenía prohibición del gobierno para visitar a los niños y Patricio es el único familiar con permiso para acompañarlos. Sobre los deseos de su exmujer, Patricio es tajante: “Eso no va a ser posible”.

vo con su padre, relata Patricio, Amanda le explicaba con normalidad y aprobación que no podía salir sola a la calle, salvo que contara con la autorización de su marido. Sus conversaciones, cree Patricio, también estaban visadas por Michael: en una oportunidad, cuenta, fue el mismo Skråmo quien interrumpió una conversación entre ambos cuando Patricio le

que está muy feliz porque el marido le trajo una palta. Yo me sentía mal, porque pensaba: “Amanda es una gran mujer que se satisface con poco. En cambio yo, si mi marido llega con una palta, le digo, ¿dónde está la otra?”.

Magnus Ranstorp, director del Colegio de la Defensa Nacional Sueca y experto en terrorismo, explica que el pa-

del EI. Ella no está de acuerdo con esa calificación.

Bombas en el paraíso

El año 2016 Ulrika escapó del Estado Islámico. Según ella fue trasladada por un contacto suyo hasta las afueras de Al Raqqa junto a sus dos hijos pequeños, pudiendo acercarse luego hasta Turquía, donde finalmente consiguió embarcarse en avión con su pasaporte sueco y retornar a Gotemburgo.

Recién este año, motivados por la gran cantidad de suecos que han retornado luego de formar parte del EI, el gobierno de ese país tomó medidas que castigan con cárcel a los que participan en organizaciones terroristas. Hace tres años Ulrika no tuvo problemas para ingresar. Apenas lo hizo, cambió su nombre original, Ulrika, por otro que prefiere no compartir.

Su escape, explica ella, fue por el miedo a la guerra. Al sonido de las bombas que ya se oían cerca de Al Raqqa, en el avance de las Fuerzas Democráticas Sirias.

—Fue el miedo. La guerra. Los hijos. Los hijos siempre son los primeros.

Amanda recién supo de la deserción de su madre cuando recibió un mensaje de texto, enviado por Ulrika apenas logró salir de Al Raqqa.

—¿Sintió que había traicionado su religión?

—No. A Amanda sí. Eso me mata. Al comienzo ella estaba muy triste, pero después lo entendió.

Ulrika dice que después de un año en el EI se sintió defraudada. No era lo que les habían dicho. El dinero y la comida que les prometieron se hicieron escasos al poco tiempo, y las condiciones de vida empeoraban con el pasar de los días. Según Ulrika, Amanda, al igual que ella, estaba preocupada por el avance de las tropas. Pero para su hija, dice, no era una opción salir. No sin el consentimiento

de Michael.

—¿Nunca le dijo a Michael que al menos salieran de Al Raqqa?

—Era mi conversación con él. Siempre. Pero es mejor no hablar sobre él. Su mamá también sabe que yo peleaba con él por eso, siempre. La guerra es para los hombres, pero a las mujeres y a los niños hay que protegerlos, ponerlos en lugar seguro. Eso dice el islam.

El año 2017, las Fuerzas Democráticas Sirias iniciaron el ataque definitivo para derribar al

“

Según Ulrika, Amanda, al igual que ella, estaba preocupada por el avance de las tropas. Pero para su hija, dice, no era una opción salir. No sin el consentimiento de Michael

”

Estado Islámico de su capital, Al Raqqa. Lo primero que hicieron las FDS, dice Ulrika, fue destruir los depósitos de agua e intervenir cualquier ingreso de alimentos. En 2018, cuando la situación se hizo insostenible y los bombardeos eran constantes, Amanda, Michael y sus siete hijos decidieron evacuar la ciudad junto al resto de los sobrevivientes.

Durante meses deambularon en camiones, buscando refugio en pueblos, alimentándose con lo que pillaban a mano. Cuando pudo comunicarse con su madre, en noviembre del 2018,

Amanda le contó que había semanas en las que solo tenían harina, y otras en las que incluso cocinó agua con pasto para alimentar a sus hijos. La última vez que tuvieron contacto fue en diciembre: una defectuosa llamada de video por WhatsApp, en la que Amanda le dijo que estaban en Baghouz, el último bastión dominado por el EI. Le contó que estaban mal. Que sus hijos estaban desnutridos.

Relata que, días más tarde, Skrámo la llamó para darle detalles de lo que había pasado con su hija: le dijo que una granada explotó a pocos metros de su cuerpo y que las esquirlas que perforaron su espalda y su estómago fueron demasiadas, suficientes para acabar con su vida. Semanas después fue el turno de Skrámo, según la prensa sueca asesinado por un francotirador de las FDS. La muerte de Amanda destruyó a Patricio, su padre, explica él mismo, que se encontraba en Chile visitando a unos familiares.

—Estuve cuatro días en ayunas —cuenta a “Sábado” Patricio, ya en Suecia junto a sus nietos—. Yo quería sentir el hambre que sentían ella y los niños. Pero nunca sentí hambre. Podría haber estado meses sin comer. El cuarto día de ayuno amanecí con mis sentidos muy agudos. Una lucidez plena y una sensación de presencia muy aguda. Ahí sentí el llamado de ir en búsqueda de mis nietos.

Antes de hacerlo, dice que lo habló con Ulrika.

—Le pedí que me dejara hacerme cargo de los niños, porque me sentía culpable por lo que había pasado —dice Patricio—. Me sentí culpable por no haber estado en momentos cruciales de la vida de Amanda. Puede ser que si en ese tiempo hubiese estado más presente, hubiera tratado de sacarla de ahí.

Esas reflexiones, dice Ulrika, le molestan.

—Nadie podría haber hecho nada para que las cosas no ter-

minaran como terminaron.

—Pero si no hubiera sido por el EI, Amanda nunca habría estado allá.

—Pero el destino... El destino está escrito.

Mientras la familia paterna de Amanda cree que ella siempre estuvo manipulada por Skrámo, Benjamín, su hermano, sostiene que su hermana sabía perfectamente lo que hacía. Por lo mismo, explica, visitó varias veces el cementerio de Gotemburgo para imaginar a su hermana enterrada y disponerse así para la noticia. Amina Rojas, la amiga musulmana de Amanda, coincide con Ulrika: cree que no había forma de cambiar el rumbo de los hechos.

—Dios estuvo tan fuerte en el corazón de Amanda que ella sabía que todo lo que vivimos está escrito por Dios —dice Amina—. Si ella algún día sintió que no debía haber ido hasta allá, rápidamente borró el sentimiento. Yo no creo que Amanda se arrepintiera.

Luego de eso, Amina describe lo que debió haber ocurrido con el cuerpo de Amanda. Los mártires, explica, muertos en combate o atacados por fuerzas enemigas, se entierran con las mismas prendas que vestían al morir. Que, si se respetó la ceremonia, sus cercanos rezaron a Alá para que perdonara sus pecados y la recompensara por lo bueno. Que después de su entierro, dos ángeles negros de ojos azules se le hicieron presentes para preguntarle quién era su Dios, su religión y su profeta. Que al responder, su ataúd tomó un olor agradable y su ropa se volvió limpia, mientras los ángeles le mostraron el paraíso que esperaba por ella.

En ese paraíso, agrega Ulrika, secándose las lágrimas, su hija será la mejor versión de ella misma. Tendrá los más lindos vestidos, belleza, joyas, oro y diamantes. No habrá odio ni sufrimiento.

No será como en la tierra. S